

Arquitectura y r torica del poder

VÍCTOR JIMÉNEZ

La actividad humana de construir edificios se encuentra, sin lugar a dudas, entre las que más lejos podemos rastrear en el tiempo... aunque el honor de la máxima antigüedad, como todos sabemos, corresponde a otra profesión. Pero incluso en los albores de las sociedades, que ahora conocemos por sus vestigios arqueológicos, la construcción de diversos tipos de moradas, sin olvidar las de los muertos, exigía ya un mínimo de organización, lo que hacía de la edificación una actividad eminentemente colectiva. El individuo aislado que levanta solo su vivienda en el antigüedad o en nuestros días y aunque no sea consciente de ello, de una serie de destrezas y conocimientos especializados producidos lenta y penosamente a lo largo de los siglos en la civilización a que pertenece. Una vez vimos en Yucatán, un colega y el que esto escribe, a un par de campesinos construir una casa de pequeños troncos y techos de palma, frente a nuestros ojos, en un par de horas... Con el machete cortaban aquí y all , igualaban longitudes, descortezaban cuando hacía falta y formaban horquetas... Al mismo tiempo, con un cuchillo, sacaban de las hojas de cierta palma largas tiras que trenzaban para unir los troncos entre sí y amarrar las mismas hojas de palma al armazón de la cubierta. Con las varas más delgadas formaban paredes permeables al aire, como celosías, que luego cerraban en ciertas partes con lodo.

Para dos arquitectos contemporáneos como nosotros, aquella era la lección más alta del arte de edificar que nunca podríamos recibir. Esto ocurría en Labná, y a pocos pasos de donde nos encontrábamos, sobre el friso del Arco de Triunfo de esa ciudad maya, podríamos ver dos casas labradas en piedra, como la que habíamos visto construir, adornando la espléndida fachada de este edificio desde hace mil doscientos años.

Los campesinos mayas que levantaban esa casa, en la que vivirían durante los meses en que realizarían algunos trabajos de mantenimiento en la ciudad de sus antepasados, sabían cu al era el diámetro adecuado de los troncos y ramas que debían cortar para cada caso: si eran muy gruesos no los podrían cargar y su peso podría ser excesivo también para la estructura; si fuesen muy delgados la casa resultarla muy frágil... Toda la madera y la palma que necesitaban se encontraba en la vegetación que crecía alrededor a unos pocos metros, lo que bajo aquel calor extenuante era una ventaja nada desdeñable para aquellos trabajadores y permitiría hacer una futura reparación de la casa sin mayores problemas. Tampoco podríamos imaginar una construcción mejor adaptada a las condiciones climáticas del sitio: su penumbra interior —estas casas tienen una única abertura, la de la puerta— era deliciosa bajo aquel sol despiadado, y el aire pasaba a través de sus paredes de manera continua, lo que la refrescaba y permitía también ubicar el fogón en el interior de la vivienda sin molestar a los habitantes, ya que el humo se escaparía a través del tejido de palma de la cubierta, evitando así, de paso, que se establecieran en ese sitio colonias de insectos, tan abundantes en estos lugares. Todo ello había sido establecido desde hace muchos siglos por campesinos similares a los que ahora veíamos en Labná, que habrían levantado sus casas de la misma manera empleando, en lugar de los instrumentos de metal de hoy, otros de madera, hueso y piedra tan eficientes como los modernos.

No obstante la sistemática destrucción de la civilización maya llevada a cabo por los españoles a partir del siglo XVI, lo que mi colega y yo habíamos visto nos recordaba que esta cultura sigue absolutamente viva. De la choza que teníamos frente a nosotros salieron, hace más de un milenio, Chichén Itzá y Uxmal (que también reproducen en sus frisos estas casas campesinas) y muchas otras ciudades además de Labná. Pero es también cierto que estas viviendas proceden igualmente de esas urbes que alojaron una de las más altas culturas desarrolladas por el ser humano en todos los tiempos y en cualquier lugar de la Tierra. Así que no hay arquitectura, por sencilla que nos parezca, que no exija para su realización del apoyo de una sociedad entera: de una civilización, en suma. Los individuos, en esta materia, no somos absolutamente nada. La retórica de esa ficción moderna, el individualismo, podrá suscitar más apoyo en otros terrenos; para el historiador de la arquitectura todo es de todos, de manera irrefutable; contra los argumentos contruidos poco quedas que decir. Y, justamente por esta clase de razones, el poder ha sido siempre la única instancia, históricamente hablando, capaz de erigir los edificios más ambiciosos y elaborados que una civilización haya podido concebir.

Los egipcios ya tenían la costumbre de preservar los cuerpos de sus muertos, además de ataviarlos y alojarlos en una morada adecuada a su destino metafísico, antes de que los faraones decidiesen hacer de sus tumbas una parte importante de la imagen del poder que aspiraban a perpetuar. Del pequeño montículo inicial al gigantesco sepulcro real se extiende la enorme distancia que va de lo práctico a lo simbólico: todo es grande –templos, estadios, palacios, rascacielos, ministerios, tumbas, parlamentos, museos, cuarteles, etcétera– cuando forma parte del vocabulario del poder, en el que todo es símbolo. Una puerta puede medir seis metros de alto no porque vaya a pasar por ella alguien de cinco metros de estatura, sino porque la utiliza un poderoso. Este tendrá siempre cuidado de que los edificios que emplea se construyan de acuerdo ante todo a sus necesidades simbólicas, y no las meramente prácticas, absolutamente insuficientes para sus fines.

William Curtis, historiador contemporáneo de la arquitectura, afirma que las instituciones humanas requieren edificios y mandan erigirlos, sí... pero que no es menos cierto que los edificios terminan por instituir a quienes los levantaron. Pensemos, por ejemplo, en Versalles: ¿significarían lo mismo para nosotros, hoy, Luis XIV y la monarquía absoluta francesa si este palacio hubiese desaparecido y ya nunca pudiésemos recorrer el salón de los espejos a su parque? ¿O tendríamos la misma idea del parlamentarismo inglés sin haber visto nunca, ni en fotografías, las Houses of Parliament, incluido el Big Ben?, ¿No es nuestra imagen del sistema representativo norteamericano inseparable del edificio del Capitolio? ¿Podemos pensar en el poder financiero de los Estados Unidos sin que venga a nuestra mente el perfil de Manhattan? ¿Creeríamos en el poder del clero sin las catedrales? En fin: ¿necesitamos acaso leer una sola línea de la historia de Egipto para informarnos sobre el poder de los faraones... o nos basta con echar un vistazo a las pirámides?

Los Arcos de Triunfo de las ciudades mayas, o los levantados por los césares, a lo ancho de todo el Imperio romano, o el erigido por Napoleón en París son tan eminentemente simbólicos que debemos hacer un esfuerzo para recordar que en su origen tuvieron un propósito práctico: eran simplemente puertas. Pero, como contrapartida, tampoco debemos permitir que la utilidad nos impida reconocer aquellos espacios concebidos para servir al

poder en determinadas circunstancias (aunque no reparemos en esto normalmente): plazas, estadios, circos, templos, teatros: sin masas, nos preguntamos con Canetti, ¿podemos hablar de poder? Al comentar los proyectos ideados por Albert Speer para Hitler, Canetti se refiere precisamente a esta cuestión:

"Las edificaciones de Hitler estaban destinadas a atraer y contener el mayor número posible de espectadores. Gracias a la creación de estas grandes masas logró el acceso al poder: pero sabía con qué facilidad tiende a disolverse toda gran masa. Sólo existen dos medios —dejando aparte la guerra— para contrarrestar la disolución de la masa. Uno es su crecimiento y el otro su repetición regular.

"En plazas inmensas, tan grandes que resulte difícil llenarlas, se le da a la masa la posibilidad de crecer: permanecer abierta. El entusiasmo de la masa, que le interesaba muy especialmente a Hitler, es potenciado por su propio crecimiento. (...) No es preciso hacer aquí una descripción detallada. Lo importante es, en relación con el tipo de proyectos arquitectónicos, poner de relieve la captación del concepto de masa abierta y de su posibilidad de crecer.

"Los edificios de tipo cultural son aptos para la repetición regular de las masas. Su modelo son las catedrales. La Kuppelberg (montaña abovedada), proyectada para Berlín, debía ser 17 veces más amplia que la basílica de San Pedro. En última instancia, las construcciones de este tipo sirven para congregar masas cerradas. (...) En lugar de un crecimiento ulterior, lo importante en estos casos es que las oportunidades de reunirse se sucedan con regularidad.

En las manifestaciones deportivas, la masa se encuentra encerrada en un círculo (o semicírculo). Un gran número de personas se sientan frente a frente: la masa se ve a sí misma mientras sigue los acontecimientos que se van desarrollando en su centro.(...) Los modelos de esta forma provienen de la Antigüedad romana.

'Su esposo', dijo Hitler en tono solemne a la mujer de Speer la primera tarde que se conocieron, 'construirá para mí edificios como no se han vuelto a levantar hace cuatro milenios'. Al decir esto piensa en las construcciones egipcias, sobre todo en las pirámides, a causa de su grandeza, pero también porque hace cuatro milenios que existen. (...) Su carácter público y su duración impresionaron fuertemente a Hitler, quien tal vez no se dio cuenta de que dichos monumentos, dadas las características de su construcción, servían también como símbolos de masa; aunque debió sospecharlo gracias a su instinto por todo cuanto se relacionara con la masa. Pues esos monumentos, compuestos por bloques que fueron arrastrados y ensamblados gracias a los esfuerzos de miles y miles de hombres, constituyen el símbolo de una masa que no se desintegrará nunca más".

El poderoso no sólo ambiciona levantar estas construcciones: es también el único que puede disponer de los recursos necesarios para hacerlo. La arquitectura del poder es de todas la que mejor revela, desde la primera mirada que le dirigimos, que no hay arquitectura que no exija para su realización del apoyo de una masa. Por supuesto, pero también de una sociedad, de una civilización entera: es decir, igualmente de una ciencia y de un arte, en el mejor de los casos. Esto es lo que no pudo lograr Hitler, ya que los

proyectos de Speer, además de irrealizados, son absolutamente despreciables desde el punto de vista artístico. Ahora sabemos que también los monumentos que manda erigir el poder para su propia gloria valen por el mérito de una civilización y no por el personaje, de Keops a Hitler. Y si hace cuatro milenios no podemos imaginar alternativa al tirano, en el siglo xx sí la podemos concebir perfectamente: es por ello que las pirámides pertenecen al patrimonio de la civilización, pero no ocurre lo mismo con la arquitectura de Hitler.

Hay que decir, en honor de la arquitectura contemporánea, que desde su nacimiento mismo, al finalizar la primera guerra mundial, tuvo una clara conciencia de que debía dejar atrás, para siempre, su vinculación con la monumentalidad que la había acompañado desde su nacimiento en casi todas las culturas. Así, los mejores edificios contemporáneos, con sus volúmenes ensamblados de manera libre y formando siluetas de marcada asimetría, hablaban ya desde la década de 1920 en un lenguaje del que había pocos precedentes en la historia. Para el público en general resultan a veces difíciles de comprender. En ocasiones es prácticamente imposible encontrar la puerta de una de estas construcciones... Por supuesto, la distancia que guarda esta arquitectura con la retórica monumental la hizo muy poco grata a los regímenes autoritarios de este siglo, y no fue Speer el único que se apresuró a resucitar la retórica opresiva de la monumentalidad histórica.

Ahora bien, el proyecto social de Hitler, tanto lo que pudo realizar como lo que no, alcanza tal monstruosidad que casi resulta frívolo hablar de su dimensión cultural. Pero en esta aparente banalidad –que significa, en arquitectura, su delirante adhesión a la retórica monumental– subyace el mismo propósito que puso en práctica en su demencia belicista y genocida.

Sin embargo, alguien podría preguntar a los arquitectos si la arquitectura moderna, al renunciar a la monumentalidad, no estará cediendo a los tiranos una dimensión de lo humano que no tiene por qué pertenecerles de manera exclusiva. Después de todo, el monumento es también un logro de la civilización y, si hemos de superar para siempre la etapa de las tiranías, las civilizaciones que nos sucedan podrán encontrar una nueva monumentalidad que exalte el desafío implícito en el destino humano sin convertirse en una manifestación opresiva. Y, sí, posiblemente se trata de algo sensato: un gran arquitecto finlandés de este siglo, Alvar Aalto, encontró una forma válida de recuperación de la monumentalidad en la arquitectura contemporánea, y dejó testimonio de ello en su obra. Así lo vio el crítico George Baird, quien ve la arquitectura de Aalto como un monumento fragmentado, es decir, la "metáfora de una ruina", y agrega, tratando de explicar el razonamiento que subyace en la obra del finlandés: "el heroísmo de la intervención humana en el mundo debe hacerse presente, pero la metáfora de las ruinas proyecta su sombra irónica sobre él, al mismo tiempo".

Curiosa paradoja la del monumento: sólo cuando el tiempo lo ha reducido a la condición de ruina podemos enfrentarlo sin temor. "Así que no eras eterno", pensamos frente a él. Tal vez diría Canetti que en ese momento ha perdido ya su aguijón. Y, ¿qué decir de las casas de troncos y palma labradas en los frisos de Labná y Uxmal? Parecería que estuviésemos frente a la eternización, en el monumento mismo, de estas frágiles, efímeras construcciones... que lo precedieron por largos siglos y hemos visto sobrevivir a su lado edades enteras.

